

Feminidad y mascarada

Marina NÚÑEZ JIMÉNEZ

LA CRISIS DEL SUJETO

La relación entre feminidad y mascarada es antigua, y tiene que ver con la «mujer» como lugar de la seducción, de la multiplicidad, e incluso de la pérdida del ser. Pero es el debilitamiento del sujeto (masculino) el que permite considerar hoy el tema no como marginal o anecdótico, sino como pertinente y muy significativo.

Desde la filosofía, crisis del sujeto de la razón, del cogito cartesiano.

La trascendencia del yo se declara ilusoria. La conciencia surge en el ámbito de lo útil social para un contexto determinado, pero se interioriza convertida en un ente originario y trascendente. El conocimiento que desarrolla es sólo un sistema particular de criterios que una comunidad considera apropiado, y sin embargo el sujeto confunde sus productos con órdenes eternos y generalizables.

Tampoco se salva otra de sus supuestas características esenciales, su universalidad. El sujeto de la razón ilustrada no es sino el hombre blanco de clase media o alta, y está envuelto en una red de violentas relaciones de dominio, ya que el sujeto solamente se constituye como tal creando sus *otros*, estructuralmente necesarios para su definición. La búsqueda de la identidad se convierte en defensa de la homogeneidad. La autodefinición sólo es posible al precio del control y rechazo de todo lo que no se ajuste a ella. Por ejemplo, de las mujeres.

Desde el psicoanálisis, crisis del ego como unidad coherente.

La identificación del sujeto con la conciencia queda rota con la entrada en escena del Inconsciente. El estudio de los *lapsus* y sueños, y de las fases de formación del sujeto, descubre un profundo descentramiento del yo: las tensiones y contradicciones escondidas bajo la apariencia ilusoria de identidad sólida y unitaria.

Los intentos del yo de autoafirmarse mediante imágenes idealizadas de sí mismo como entidad coherente quedan desvelados como pretensiones desmedidas y fallidas. La alineación no es secundaria, no es un achaque circunstancial

de un ego saludable, sino parte del proceso de formación del yo. El psicoanálisis describe un ego desequilibrado entre los instintos y deseos del Id y las prescripciones del Super Ego, zarandeado por fuerzas psíquicas y sociales fuera de su control. El sujeto desea dominarlo todo, pero ni siquiera gobierna su interior.

Desde la semiótica, crisis del sujeto como origen del sentido.

El sujeto ha dejado de existir como algo fuera del discurso: no es una subjetividad esencial e inalterable el origen y fundamento del sentido, sino que es el lenguaje el que crea la posibilidad de una subjetividad. Parece que el individuo origina el significado (lo que refuerza al ego), pero él es una función del sistema significante.

No es la naturaleza la que crea al sujeto como entidad fija, es la ideología, inevitablemente ligada a todo discurso. Escondiendo el papel del lenguaje en la construcción del sujeto, la ideología hace reconocer lo que no es sino circunstancial (un efecto de la significación) como obvio e inevitable. El autoreconocimiento es placentero, y además al sistema establecido le interesa que nos reconozcamos como sujetos autónomos (único origen de nuestras creencias y acciones) para precisamente «sujetarnos», con la total impunidad garantizada por nuestra inconsciencia y nuestro anhelo de identidad, a su definición de sujetos.

De ahí las críticas postestructuralistas al humanismo como ideología que enfatiza la identidad fija de la persona. Se garantiza la unidad y la coherencia, pero al precio de asumir una identidad determinada y reprimir otras posibilidades.

LA IDENTIDAD FEMENINA

Esta muerte del sujeto afecta al hombre blanco de clase media, que era de quien se trataba. La crisis no es la del sujeto femenino, que siempre ha sido de muy mala calidad, y en cuya represión se basaba, en gran parte, su fuerza. Por eso el feminismo ha estado profundamente implicado, desde cada disciplina, en debilitarlo. Por tanto, se abren posibilidades para el desarrollo de alternativas hasta ahora acalladas. Al rechazo de la tiranía del sujeto occidental se corresponde una mayor preocupación epistemológica y política con sus *otros*, con las minorías desfavorecidas cuyos discursos habían sido sistemáticamente silenciados o negados.

Sin embargo, no es sencillo decidir la estrategia con respecto a la elaboración del nuevo sujeto femenino que puede emerger tras la muerte del sujeto masculino y su correspondiente pésima imagen de la feminidad. Bajo distintas etiquetas —feminismo de la igualdad, de la diferencia, culturalista, postestructuralista, reformista...— encontramos, respecto al problema del sujeto del feminismo, todo tipo de actitudes que oscilan entre la glorificación de una (supuestamente nueva) identidad femenina y el rechazo frontal de cualquier nombre estable para las mujeres.

A favor de encontrar una identidad femenina

El argumento es que el trabajo de destrucción del sujeto masculino sólo se completará construyendo alternativas. La deconstrucción puede ser una terapia conveniente para aquellos que realmente eran sujetos de poder, pero no para las mujeres, cuyo rechazo de identidad, ahora que empezaban a tenerla, puede dejarlas como los sujetos sin ego manipulables que siempre han sido.

La idea de fondo es que la unidad de un nombre autovalorativo da fuerza, mientras que la dispersión implica debilidad. Alguien que no sea capaz de identificarse no puede sentirse parte de colectividades e involucrarse en una praxis política. Las mujeres necesitan una *feminidad* a la que agarrarse para existir por medio de ella, para que su presencia se reconozca como algo sólido, que ofrezca alternativas claras, positivas y orientadoras en las que confiar. El desafío a la hegemonía del que sigue siendo el sujeto privilegiado puede ser más radical y consistente con nociones *diferentes* de feminidad que con remilgos teóricos anti-esencialistas.

En contra de una identidad femenina

A otras, en cambio, les parece sospechoso que las definiciones de lo femenino que actualmente se barajan repitan las viejas letanías (naturaleza, maternidad, cuidado, emoción...), sólo que valorándolas. Además, las «feminidades» a la larga caen en las mismas operaciones del sujeto fuerte, acaban con la típica opresión: subsumen la diferencia (de edad, raza, clase...) entre mujeres en una definición normalizadora y exclusivista, construida en general según esquemas de mujeres blancas, cultas, de clase media o alta.

En este momento lo adecuado, o lo único posible, es una postura negativa, deconstructiva. La identificación de los sujetos de los discursos es siempre pretendida por el sistema, pues es el primer paso para clasificarlos, interpelarlos y si es necesario cooptarlos (creando roles). Quizá la única salida radical al discurso establecido consista en rehusar las etiquetas, y no proponer otros significados sea lo más subversivo. Lo femenino debe ser metáfora de la resistencia a la identidad, un lugar ambiguo e inconcluso, fuente continua de deconstrucción.

No hay por qué creer que debajo del nombre «mujer» hay una esencia inamovible, por muy revolucionaria que sea. A la identidad femenina propuesta por los hombres no hay que oponer otra verdad, la identidad femenina propuesta por las mujeres, sino negarse a jugar, negarse a creer que las identidades sean necesarias o útiles, arreglarse con las indefiniciones y las incertidumbres.

Hacia una identidad múltiple

Una postura mixta no abogaría por la supresión de todo sujeto, lo cual sólo podría mantenerse a nivel teórico, sino más bien por el final de ontologías fuertes que puedan volver a ser normativas y por tanto represoras. Una identidad *débil* en ese sentido sería la de un sujeto dispuesto a reconocer sus contradicciones y su caducidad. No podemos contestar en términos absolutos a si debemos hablar como mujeres. No hay respuestas únicas (ontológicas, universales, eternas), sino particulares. Hay que saber ser versátiles.

Se puede reivindicar un nombre ocasional sin caer en esencialismos y sexualidades ontológicas; se puede subvertir la idea de sujeto unificado sin renunciar a identificaciones (de género, por ejemplo) voluntarias, parciales y múltiples, que pueden incluso solaparse en la misma persona y ser contradictorias entre sí. Puede ser justo pedir tratamientos especiales para las mujeres en algunos supuestos a la vez que total igualdad ante la ley en otros. Para optimizar la eficacia hay que fomentar la elasticidad. Hay que analizar, a la manera foucaultiana, los efectos de poder en cada caso.

Si la identidad femenina es una herramienta útil, y estratégicamente es el momento de sexualizar el discurso y activar la *diferencia* femenina como modelo subversivo, el compromiso no tiene por qué ser eterno y acabar convertido en trampa. Su utilización no es incompatible con un cierto distanciamiento irónico, con la sospecha y la duda sobre su «verdad». El movimiento sería doble y continuo: crear imágenes positivas consensuadas y percederas y deconstruir siempre las viejas identidades allí donde se hayan osificado y mitificado.

LAS ESTRATEGIAS DEL DISFRAZ

Desde finales de los 60 existen mujeres artistas que se involucran en la lucha desde el arte contra la ideología (patriarcal) dominante. Al principio se trataba sobre todo de encontrar imágenes positivas con las que las mujeres pudieran identificarse, de revalorizar todo ese conocimiento «femenino» silenciado o negado. La segunda década, la de los 80, se encontraba más influida por nociones psicoanalíticas y postestructuralistas. Para ellas, en general, no se trata tanto de construir una feminidad que corre el peligro de *esencializarse*, subsumir diferencias, e incluso aproximarse a la idea patriarcal de lo femenino, porque además la simple reversión de valores suele dejar las estructuras de fondo intactas. Sino de entender el papel que juegan la representación en general, y las imágenes de mujer en particular, en la adquisición de género, en la construcción de la subjetividad femenina.

Las imágenes de mujer (débil, pasiva, madre, doméstica, objeto sexual, frívola...) contribuyen a crear determinados roles por la repetición de estereotipos. Y los sujetos nos formamos conforme a esos roles. No existe una

«mujer» previa o exterior a esas construcciones, que las representaciones distorsionen o reflejen correctamente. No hay un ser humano innato, anterior a todo sistema, que acepte o rechace *libremente* las convenciones. Actuar como si el lenguaje fuera simple reflejo, bueno o malo, de alguna esencia exterior a él, es ingenuo y poco efectivo.

Si esto se pone de manifiesto, se entenderá lo difícil que es subvertir las estructuras: nos formamos como sujetos en ellas, y luego reproducimos sus discursos. Pero también se sabrá que la feminidad, como cualquier efecto del discurso, no tiene una configuración definitiva, se renegocia constantemente. Es la ideología la que nos hace creer que las construcciones convencionales son *naturaleza* o *realidad*. La feminidad es siempre una formación histórica, y podemos proponer su desaparición, su potenciación o cualquier definición que consideremos adecuada.

Feminidad como mascarada: las artistas se disfrazan

Una de las muchas formas de acercarse al tema de la construcción de la feminidad ha sido la adoptada por un grupo de mujeres artistas que, sin conexión de trabajo entre ellas ni estilo que las unifique, han decidido reflexionar sobre la mascarada.

Generalizando, ellas adoptan distintas *identidades* (disfrazándose, maquillándose, imitando gestos o lenguajes) y su obra consiste en la presentación de sus experiencias, por medio de fotos, *performances*, vídeos de sus actuaciones, etc. Algunas varían los personajes continuamente, otras se centran en alguno en particular. Las más radicales llegan a hacerse pasar por sus creaciones, en la vida real, durante largas temporadas, falsificando toda la documentación necesaria.

Sus motivaciones no son uniformes: algunas declaran fantasear sobre sus ideales, otras exploran su ego, otras pretenden reflexionar sobre los procesos de identificación o bien ironizar sobre los roles femeninos, o ampliar sus experiencias para enriquecerse.

Pero independientemente de sus pretensiones, algunas características comunes subyacen: todas ellas asumen ciertas convenciones sólo para subvertirlas, sugieren a la manera habitual la feminidad para luego cancelarla. La mascarada pone de manifiesto el carácter arbitrario y estereotipado de la feminidad, muestra que la feminidad en sí misma está construida como una decoración que esconde una no-identidad.

Las mascarada, al ostentar la feminidad y producirla como si dijéramos *en exceso*, la mantiene a distancia, la convierte en una máscara que puede quitarse o llevarse y niega, por tanto, que sea la imagen de algo *real*; la muestra como construcción, no como naturaleza. No existe al fin diferencia entre la feminidad genuina y la mascarada. No existe al fin diferencia entre la feminidad genuina y la mascarada. No existe una feminidad esencial y otra que se pueda asumir como disfraz a conveniencia: son la misma cosa.

Varios factores contribuyen a lograr tal certidumbre. Uno, el conocimiento de que modelos y artistas son las mismas personas: la mujer que posa o actúa, objeto sexual femenino por excelencia, se convierte en alguien que manipula su propia imagen. Que define el personaje, construye el estilo, decide maquillaje, vestuario, coreografía, iluminación... Induce al espectador a completar una imagen de feminidad, pero haciéndole consciente de que es inducido a ello.

Otro (cuando las artistas recrean sucesivamente varios roles), el hecho de que todas las modelos sean la misma persona, aunque parezcan diferentes.

Queda patente la artificialidad de los estereotipos, además de demostrar que pueden adoptarse a voluntad. De una en una, las imágenes pueden (o no) ser digeribles, pero juntas proyectan una vaga ansiedad, fruto de la convicción de que no hay nada esencial a lo que agarrarse tras la superficie de las fotos (la «verdadera» artista). Tan sólo el reconocimiento de determinados clichés.

Con su estrategia, las artistas desvían la mirada fuera del cuerpo, hacia la representación en sí misma, forzando al observador a reconocer su propio condicionamiento social en el proceso. El espectador, envuelto ahora en el crudo mundo de la producción de significados, siente que las relaciones preestablecidas se vuelven incómodas, y la lectura problemática. Sigue identificando los estereotipos, su bagaje cultural le permite completar el proceso de producción de la mujer de la imagen. Pero es consciente de que el procedimiento habitual se ha complicado. Y puede llegar a reconocer su complicidad en la *naturalización* de lo que no es sino artificio.

La mascarada como posibilidad

Descubrir la mascarada es un acto subversivo, ya que contribuye a descubrir el hecho, ocultado meticulosamente por la ideología patriarcal, de que el lugar necesario de la mujer no es la feminidad que se nos ofrece, revelada como una construcción histórica y arbitraria, sino que puede ser renegociada de la forma más favorable.

Pero además la mascarada es un modelo (metafórico y hasta en cierto sentido práctico) de la estrategia de identificación múltiple antes descrita. Las artistas nos muestran que las identificaciones unitarias y coherentes no son sino ilusiones que se solidifican y esencializan a fuerza de repetirse los estereotipos. Que no necesitamos creernos que ninguna de las imágenes de la feminidad que se nos ofrecen, o que ocasionalmente adoptamos, se corresponde a nuestro *yo*. Que se puede *ser mujer* sin acoplarse necesaria y perennemente a ninguno de los roles tradicionales. Nos invitan e incitan a un mundo de posibilidades múltiples, coyunturales, flexibles.

ALGUNAS ARTISTAS

Cindy Sherman: Los estereotipos de las películas de cine negro serie B de Hollywood.

Eleanor Antin: La Bailarina Negra, La Enfermera, El Rey, La Estrella.

Adrián Piper: El Ser Mítico.

Lynn Hershman: Roberta Breitmore.

Nancy Wilson Kitchel: Internalización de personalidades, Adopción de los gestos de su abuela.

Diane Gage: Anais Nin, Virginia Woolf, Oscar Wilde.